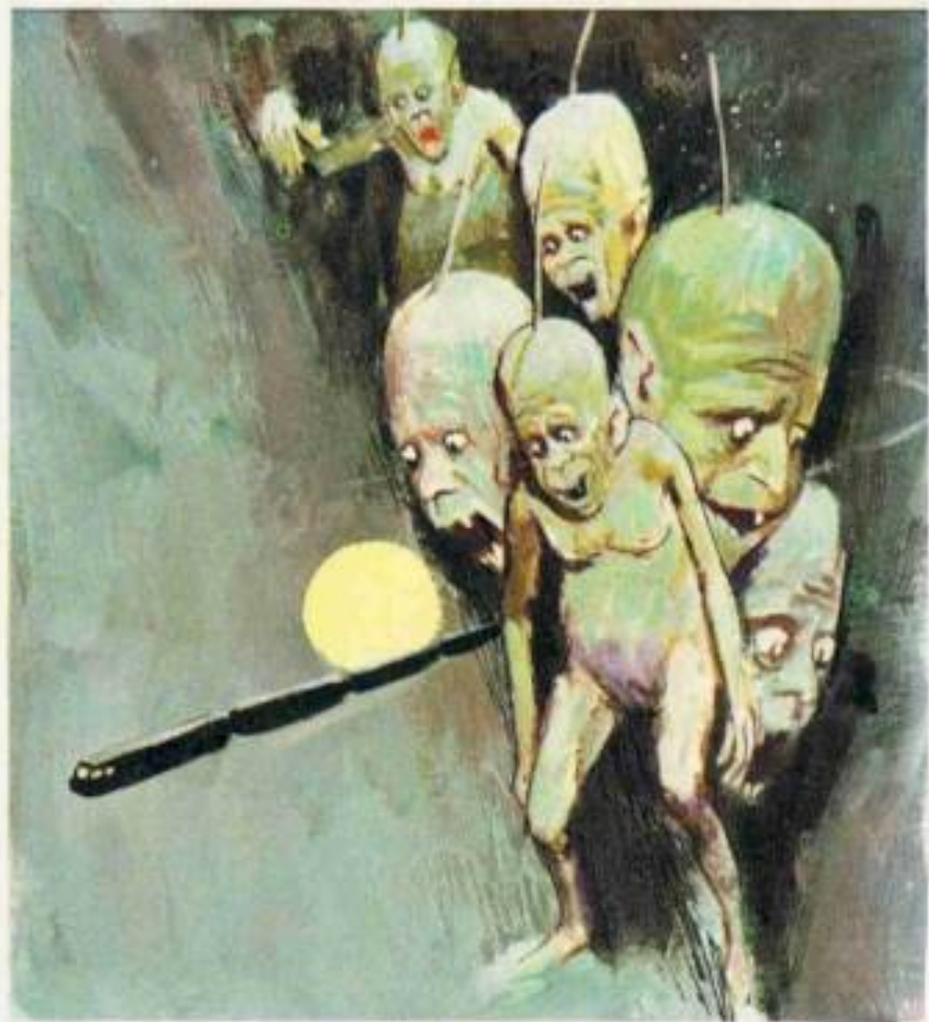


CIENCIA FICCION

10



Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.

Contenido

Presentación: *SF y presente*, Carlo Frabetti.

Cantata 140 (Cantata 140), Philip K. Dick, 1964.

Cuatro clases de lo imposible (Four Brands of Impossible), Norman Kagan, 1964.

Muscadine (Muscadine), Ron Goulart, 1968.

La cama número 12 (The Twelfth Bed), Dean R. Koontz, 1968.

El día alto azul en que vi venir girando el tren negro del cielo (That High-Up Blue Day That Saw the Black Sky-Train Come Spinning), David R. Bunch, 1968.

El científico y el monstruo (The Scientist and the Monster), Gahan Wilson, 1964.

Un sentido de belleza (A Sense of Beauty), Robert Taylor, 1968.

PRESENTACIÓN

SF y presente

Está totalmente generalizada la idea que la SF^[1] es un género que se ocupa del porvenir. Esto es cierto en la medida en que la mayoría de sus obras están ambientadas en el futuro; pero puede inducir a un error —al que ya he aludido en otras ocasiones— consistente en pensar que la SF, debido a su índole futurista, está desconectada de la realidad actual.

Por el contrario, la principal preocupación de la SF —de la de cierta calidad, se entiende— es el mundo que nos rodea, el presente; y el bucear en el futuro no es más que un preguntarse hacia dónde vamos, qué consecuencias pueden acarrear nuestras actuales circunstancias.

Esta preocupación por la realidad actual puede encontrarse fácilmente incluso en obras cuya acción se sitúa a enormes distancias en el espacio y en el tiempo; pero, además, el creciente interés del género por nuestro mundo resulta evidente por el hecho de que en la moderna SF cada vez son más abundantes las obras cuya acción se sitúa en el presente, o en un futuro tan próximo que casi no puede hablarse de extrapolación.

La presente antología está constituida por varias muestras de esta «SF del año que viene», donde los problemas actuales son analizados a la luz de sus consecuencias inmediatas.

Así, en Cantata 140 se nos muestran unos Estados Unidos probables y próximos donde los negros, chicanos y portorriqueños están alcanzando una mayoría numérica con respecto a los blancos, hasta el punto que la idea de un Presidente negro ha dejado de ser una utopía.

Cuatro clases de lo imposible, de ambientación plenamente actual, es una meditación irónica sobre el mundo de la investigación científica en una sociedad que busca aplicaciones militares incluso al problema de la cuadratura del círculo.

En Muscadine son puestos de manifiesto, mediante la parábola del robot escritor, los rutinarios y mercantilizados mecanismos de la industria cultural, mientras que en La cama número doce se describe un inhumano hospital que no es sino una caricatura —no demasiado distorsionada— de tantas instituciones públicas con las que se pretende resolver ciertos problemas sociales especialmente delicados.

Pero otra razón por la que la SF tiende cada vez con mayor frecuencia a mostrarse en el presente o el futuro inmediato es, probablemente, porque los autores han empezado a darse cuenta que no hace falta trasladarse con la imaginación a lejanas galaxias y eras remotas en busca de lo asombroso, uno de los ingredientes básicos de la SF. Pues lo asombroso, lo inconcebible, lo demencial y lo alucinante se encuentran a nuestro alrededor, en todas partes... Bastaría con que los periódicos contaran la verdad para que, a su lado, las más delirantes fantasías del escritor más imaginativo parecieran triviales.

A este paso, lo que habrá que situar en el futuro, para darle visos de verosimilitud, será lo que hasta ahora se ha llamado novela realista.

CARLO FRABETTI

CANTATA 140

Philip K. Dick

P. K. Dick es uno de los más inquietantes «clásicos» de la SF estadounidense. Su producción es muy desigual en cuanto a rigor y calidad, pero casi siempre resulta interesante. En España es aún prácticamente desconocido, y su obra más importante, The Man in the Hight Castle, ganadora del Premio Hugo y una de las novelas clave de la moderna SF, sigue sin ser traducida al castellano.

Cantata 140 nos sitúa —aunque sin profundizar apenas en la problemática planteada— en unos Estados Unidos de un futuro probable y no muy lejano en que un candidato negro aspira a la presidencia de la nación, enfrentándose a problemas tales como la superpoblación, el desempleo, los grupos de presión... y, evidentemente, el racismo.

1

La joven pareja —de cabellos negros, piel oscura, probablemente mexicanos o portorriqueños— permanecía de pie, presa de nerviosismo, junto al mostrador de Herb Lackmore y el muchacho, el marido, decía en voz baja:

—Señor, queremos que nos ponga a dormir. Queremos transformarnos en *bibs*.

Dejando su escritorio, Lackmore caminó hasta el mostrador, y aunque no le gustaban los Cols^[2] (parecía que cada mes llegaban más a la sucursal del Ministerio de Bienestar Social Especial, en Oakland), dijo con un tono de voz como para tranquilizar a ambos:

—¿Lo habéis pensado bien, muchachos? Es una decisión importante. Podríais quedar fuera de acción cerca de doscientos años. ¿Habéis consultado al menos a algún consejero profesional?

El muchacho, mirándola a ella, tragó saliva y murmuró:

—No, señor. Lo hemos decidido entre mi esposa y yo. Ninguno de nosotros puede encontrar trabajo y en cualquier momento nos desalojarán del dormitorio. Ni siquiera tenemos vehículo, y sin un vehículo no se puede hacer nada. No se puede ir a ninguna parte. No se puede ni buscar trabajo.

Lackmore pudo apreciar que no se trataba de un joven mal parecido. Debía tener unos dieciocho años, y todavía usaba chaqueta y pantalones evidentemente militares. La joven tenía el cabello largo; era muy pequeña, de ojos negros y brillantes y rostro de rasgos delicados, casi de muñeca. No dejaba de mirar a su marido.

—Voy a tener un hijo —dijo abruptamente.

—¡Oh, al diablo con vosotros dos! —exclamó Lackmore, enfadado—. ¡Salid de aquí al instante!

Bajando culpablemente las cabezas, el muchacho y su mujer se volvieron para regresar a la céntrica calle de Oakland, California, muy transitada desde las primeras horas de la mañana.

—¡Id a ver a un especialista! —les gritó Lackmore, pese a que le irritaba darles el consejo. Le molestaba tener que ayudarles, pero alguien tenía que hacerlo. ¡En qué aprieto se habían metido! Porque, sin duda, vivían en una pensión militar del Gobierno y era obvio que, si la muchacha estaba encinta, los echarían de allí sin más dilación.

Tirando de la manga de su arrugada chaqueta en un gesto de duda, el joven Col preguntó:

—Señor, ¿cómo hacemos para encontrar a un especialista?

Era la ignorancia típica de los estratos sociales de piel oscura, no obstante las interminables campañas educacionales del Gobierno. No era de extrañar que sus mujeres quedaran preñadas.

—Consultad el listín telefónico —contestó Lackmore—. En la sección *abortos, terapéutica...* O si no, en *consejeros*. ¿Habéis entendido?

—Sí, señor. Gracias —asintió rápidamente el muchacho.

—¿Sabes leer?

—Sí. He ido a la escuela hasta los trece años.

En el rostro del joven se notaba un orgullo fiero; sus negros ojos resplandecían.

Lackmore volvió a leer su periódico; no tenía más tiempo para regalar. No había duda en que ellos querían convertirse en *bibs*. Que se les mantuviera en conserva, inalterables, en un almacén del Estado, año tras año hasta que... ¿Mejoraría alguna vez el mercado de trabajo? Personalmente, Lackmore lo dudaba, y hacía tiempo que andaba en aquellas lides; tenía noventa y cinco años: era un *veterano*. En sus buenos años había puesto a dormir a cientos de personas, casi todas ellas jóvenes como aquella pareja. Y... morenos.

La puerta de la oficina se cerró. La pareja se había ido tan silenciosamente como llegó.

Suspirando, Lackmore comenzó a leer de nuevo el artículo sobre el divorcio de Lurton D. Sands, hijo, el suceso más sensacional del momento; como de costumbre, leía ávidamente cada palabra.

Para Darius Pethel, el día había comenzado con llamadas videofónicas de airados clientes que se quejaban porque no les compusiera sus transcursores instantáneos. Les respondía de manera tranquilizadora, diciendo que en cualquier momento recibirían la visita de un técnico, y, a la vez, esperaba que Erickson hubiera comenzado ya su trabajo en la sección de reparaciones de Transcursores Instantáneos Pethel, Ventas y Reparaciones.

Apenas se desvaneció su imagen del videófono, Pethel buscó entre los papeles de su escritorio el ejemplar del día del Informe Nacional de Negocios; estaba al tanto de todo el desarrollo económico del planeta. Esto sólo bastaba para situarlo por encima de sus empleados; esto, su fortuna y su avanzada edad.

—¿Qué dice el Informe? —preguntó su vendedor, Stu Hadley; había hecho una pausa en sus actividades y estaba de pie en la entrada de su oficina, con una escoba magnética en la mano.

Pethel leyó en silencio el mayor de los titulares:

LAS VENTAJAS DE UN
PRESIDENTE NEGRO
PARA LA ECONOMÍA COMUNITARIA
DE LA NACIÓN

Abajo había una fotografía tridimensional y móvil de James Briskin. Pethel oprimió el botón que se encontraba en

uno de los bordes del retrato y la imagen cobró vida; el candidato Briskin sonrió. Los labios del negro se movieron bajo el oscuro bigote y sobre su cabeza apareció un globo, en el que se leían sus palabras:

Mi primera tarea será encontrar una colocación adecuada para los numerosos millones de durmientes.

—Y descargar hasta el último *bib* otra vez en la bolsa de trabajo —murmuró Pethel, soltando el botón que accionaba las palabras—. Si triunfa este tipo, el país caerá en la ruina.

Pero era inevitable. Tarde o temprano habría un Presidente negro; después de todo, desde los sucesos de 1993 había más Cols que Caucs.

Abatido por este pensamiento, pasó a la segunda página, en busca de novedades sobre el escándalo de Lurton Sands; siendo tan funestas las noticias políticas, tal vez esto le alegrara. El famoso cirujano de trasplantes estaba metido en un complicado juicio de divorcio con su igualmente famosa esposa Myra. De ambos lados se hacían cargos y ya habían comenzado a filtrarse jugosos detalles. Según los periódicos, el doctor Sands tenía una amante; por este motivo, Myra había iniciado la querrela, y con derecho. Pethel pensaba, recordando las décadas finales del siglo XX, que ya no era como en los días de antaño. Ahora corría el año 2080, pero la moral pública y privada había empeorado.

Se preguntaba por qué querría el doctor Sands una amante, cuando todos los días pasaba por allí el satélite *Salón de los placeres*. Decían que se podía elegir entre quinientas muchachas.

El mismo no había visitado nunca el satélite de Thisbe Olt. Como muchos veteranos, no estaba de acuerdo con él;

era una solución demasiado radical para el problema de la superpoblación. En 1976 los ancianos se habían opuesto a través de cartas y telegramas a que el Congreso autorizara su creación, pero de todos modos la ley se había impuesto; probablemente, según creía Pethel, porque la mayoría de los senadores pensaba frecuentarlo. De hecho, ahora lo hacían con regularidad.

—Si todos los blancos nos muriésemos... —comenzó a decir Hadley.

—Escucha —dijo Pethel—. Ya hemos perdido esa oportunidad. Si Briskin consigue que los *bibs* se pongan de su lado, aumentará su poder; en cuanto a mí, no puedo dormir pensando en toda esa gente, en su mayoría muchachos, echados en los almacenes del Gobierno año tras año. Fíjate en el talento que se desperdicia. ¡Es... burocrático! Sólo un recalcitrante gobierno socialista hubiera soñado con esa solución.

Mirando con severidad al vendedor, le dijo:

—Si no hubieras conseguido este empleo conmigo, hasta tú podrías...

Hadley le interrumpió tranquilamente:

—Pero yo soy blanco.

Pethel continuó leyendo y vio que el satélite Thisbe Olt había rendido mil millones de dólares norteamericanos en 2079. «Caramba —se dijo—; es un gran negocio.» Ante él había una foto de Thisbe; con su cabello blanco cadmio y sus pechos cónicos, un poquito altos, su aspecto era un deleite estético. La lámina la mostraba convidando a sus clientes del satélite con un cóctel de tequila, aunque debía tratarse de algún otro estimulante, ya que el tequila, por derivar de la planta del mescal, había sido declarado ilegal en la decorosa Tierra.

Pethel oprimió el botón de la lámina y acto seguido los ojos de Thisbe resplandecieron, su cabeza se volvió, y sobre su cabeza apareció otro globo con la siguiente leyenda:

*Señor ejecutivo norteamericano,
¿tiene usted molestas urgencias personales?
Siga el consejo de los médicos:
¡Venga al Salón!*

Pethel pensó que aquello era un anuncio, no una noticia.

—Disculpe.

Había entrado un cliente y Hadley había ido a su encuentro.

«¡Dios mío! —se dijo Darius Pethel al reconocer al cliente—. ¿No habíamos reparado ya su transcursor?»

Se puso de pie, comprendiendo que sería necesaria su presencia para apaciguar a aquel hombre; era Lurton Sands, que, debido a sus recientes problemas hogareños, se había vuelto últimamente regañón y malhumorado.

—Sí, doctor —dijo Pethel—. ¿Qué puedo hacer hoy por usted?

Como si no lo supiera. El doctor Sands tenía suficientes problemas con tratar de desembarazarse de Myra y procurar que su amante no le dejara; necesitaba en verdad su transcursor instantáneo en buen estado. A diferencia de los otros clientes, sería difícil quitarse de encima a aquel hombre.

Tirando de su frondoso bigote en un acto inconsciente, el candidato presidencial Briskin dijo:

—Estamos en un círculo vicioso, Sal. Debería despedirte. Tratas de hacerme comprender el asunto de los Cols, cuando sabes muy bien que he pasado veinte años adulando a toda la estructura del poder blanco. Con franqueza, creo que tendríamos mejor suerte si intentáramos conseguir el voto de los blancos y no el de los negros. Sé cómo apelar a ellos; me he acostumbrado a hacerlo.

—Estás equivocado —arguyó Salisbury Heim, asesor de su campaña política—. Escucha esto y trata de entenderlo, Jim. Tú debes apelar al joven moreno y a su mujer, mentalmente asustados de que su única perspectiva sea concluir como *bibs* en algún almacén del Gobierno. «Encerrados en una botella», como ellos dicen. Esta gente ve en ti a...

—Pero yo me siento culpable.

—¿Por qué? —preguntó Sal Heim.

—Porque soy un embustero. No puedo clausurar los almacenes del Ministerio de Bienestar Social Especial; tú lo sabes. Me has hecho prometerlo y desde ese momento no he cesado de devanarme los sesos pensando cómo podría hacerlo. Pero no encuentro modo alguno.

Echó una ojeada a su reloj de pulsera; disponía aún de un cuarto de hora antes de su discurso.

—¿Has leído el discurso que me escribió Phil Danville? —preguntó, metiendo la mano en el bolsillo de su chaqueta.

—¡Danville! —exclamó Heim, con el rostro convulso—. Creí que ya te habías librado de él. Dame eso.

Cogió las hojas dobladas y comenzó a leerlas.

—Danville es un imbécil. Mira —dijo, mientras agitaba la primera hoja frente a los ojos de Jim Briskin—. De acuerdo con esto vas a prohibir el tráfico desde los Estados Unidos hasta el satélite Thisbe. ¡Eso es una locura! Si el *Salón de los placeres* se cierra, la tasa de nacimientos volverá a crecer hasta donde estaba. Y entonces, ¿qué? ¿Cómo se las ingeniará Danville para contrarrestar este efecto?

Después de una pausa, Briskin comentó:

—El *Salón de los placeres* es inmoral.

—Seguro —farfulló Heim—. Y los animales deberían llevar pantalones.

—Tiene que haber una solución mejor que ese satélite.

Heim permaneció en silencio y continuó leyendo el discurso.

—Te hace defender esa anticuada técnica de recreación planetaria de Bruno Mini, totalmente desacreditada —observó, mientras doblaba los papeles y se los devolvía a Jim Briskin—. ¿Adónde quieres llegar? Apoyas un esquema de colonización planetaria ensayado y desechado hace veinte años; defiendes la clausura del *Salón de los placeres*... A partir de esta noche vas a ser muy popular, Jim. Pero, ¿popular entre quiénes, si se puede saber? Tan sólo contéstame esto: ¿a quién te diriges con este discurso?

Hubo un silencio.

—¿Sabes qué pienso? —insistió al poco rato—. Que ésta es una elaborada estratagema tuya para desligarte de la cuestión. Para mandar al diablo todo este asunto. Es tu modo de eludir responsabilidades. Te vi hacer lo mismo en la Convención, con aquel discurso apocalíptico que pronunciaste y que dejó a todos desconcertados, con una curiosidad morbosa. Pero, por fortuna, ya habías sido designado. Era demasiado tarde para que la Convención te repudiara.

Briskin se explicó:

—En ese discurso expresé mis convicciones reales.

—¿Qué, que la civilización está condenada a causa de la superpoblación? ¡Buenas convicciones para el Primer Presidente Col!

Heim se incorporó y fue hasta la ventana; se quedó mirando hacia el centro de Filadelfia: los helicópteros a reacción que aterrizaban, los torrentes de autobuses y las rampas por donde los peatones iban y venían, entrando y saliendo de los rascacielos.

—A veces —dijo Heim en voz alta—, parece que crees que la civilización está condenada porque ha aceptado un candidato negro, que posiblemente resulte electo; creer eso, en cierta forma, es denigrarte.

—No —respondió Briskin tranquilamente.

Su largo rostro se mantuvo inmóvil.

—Te diré qué debes decir en tu discurso de esta noche —declaró Heim, de espaldas a Briskin—. Primero hablas

una vez más de tu relación con Frank Woodbine, puesto que a la gente siempre le atraen los exploradores del espacio. Woodbine es un héroe, mucho más que tú o el otro, como se llame. Ya sabes a quién me refiero; a tu adversario, el candidato de los demócratas-conservadores.

—William Schwarz.

Heim asintió exageradamente.

—Sí, eso es. Y después de que hayas fanfarroneado con lo de Woodbine y hayamos mostrado algunas tomas en las que estén tú y él juntos en varios planetas, haces una broma sobre el doctor Sands.

—No —se opuso Briskin.

—¿Por qué no? ¿Acaso Sands es una vaca sagrada? ¿No puedes meterte con él?

Jim Briskin replicó lenta y concienzudamente:

—Porque Sands es un gran médico y los medios de información no tienen por qué ridiculizarlo como lo hacen.

—Claro, él debe haber salvado la vida de tu hermano. Debe haber encontrado un nuevo tipo de bazo en el momento preciso. O tal vez haya salvado a tu madre justo cuando...

—Sands ha rescatado a cientos, miles de vidas. Incluso de Cols. Tanto si podían pagarle como si no.

Briskin calló un instante y luego agregó:

—Además, he conocido a su esposa Myra y no me ha gustado. Años atrás fui a verla.

—¡Bien! —interrumpió Heim con violencia—. Podemos usar eso en tu favor... Estando Nonovulid al alcance de cualquiera; eso demuestra que eres un tipo previsor, Jim. Usas la cabeza.

Golpeaba su frente mientras lo decía.

—Ahora me quedan cinco minutos —comentó Briskin mecánicamente.

Espió las páginas del discurso de Phil Danville y las devolvió al bolsillo interior de su chaqueta. A pesar que el tiempo era aún caluroso, usaba un convencional traje oscu-